



divinas personas, y no conoció en Dios sino una sola bajo tres nombres. Pasmó á la Iglesia esta novedad, y San Dionisio, obispo de Alejandria, descubrió al papa Sixto II los errores de aquel heresiarca. Este santo papa siguió bien presto al mártir San Estéban, su predecesor; cortáronle la cabeza, y dejó otro mayor combate que sostener al diácono San Lorenzo. Vése entónces comenzar la inundacion de los bárbaros.

Los borgoñones y otros pueblos germanos, los godos, llamados ántes getas, y otros pueblos que habitan hácia el Ponto Eusino y de la otra parte del Danubio, entraron en Europa. El Oriente fué invadido por los scitas asiáticos y por los persas. Deshicieron éstos á Valeriano. Siguióse el prenderle por una infidelidad, y despues de haberle hecho terminar su vida en una penosa esclavitud, le quitaron la piel para que sirviese de monumento á su victoria. Gallieno, su hijo y compañero, acabó por su flojedad de perderlo todo. Treinta tiranos dividieron el imperio. Odenato, rey de Palmira, ciudad antigua fundada por Salomon, fué el más illustre de todos; salvó las provincias del Oriente de las manos de los bárbaros, y se hizo conocer en ellas. Marchaba con él su mujer Zenobia al frente de sus ejércitos, que despues de su muerte mandó ella sola, y se hizo célebre en todo el mundo, por haber juntado la castidad con la belleza, y la sabiduría con el valor. Claudio II, y despues de él Valeriano, restablecieron las cosas del imperio. En tanto que ellos abatian los godos y los germanos con señaladas victorias, conservaba Zenobia á sus hijos las conquistas de su padre. Esta princesa se inclinaba al judaismo. Paulo de Samofates, obispo de Antioquia, hombre vano é inquieto, enseñó por atraerla su opinion judaica sobre la persona de Jesucristo, á quien hacia solamente un puro hombre. Despues de una larga disimulacion de doctrina tan nueva, fué convencido y condenado en el concilio de Antioquia. La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, que no se desdenó de triunfar de una mujer tan célebre. Entre continuos combates supo él hacer observar á los soldados la disciplina romana, y mostró que siguiendo los órdenes

antiguos y la antigua templanza, podian tenerse en operacion grandes ejércitos dentro y fuera sin gravámen del imperio.

Empezaban entónces los francos á hacerse temer. Eran éstos una liga de pueblos germanos, que habitaban á lo largo del Rhin. Su nombre manifiesta que estaban unidos por el amor de la libertad. Aureliano los habia derrotado siendo particular, y los tuvo atemorizados siendo emperador. Este tan gran príncipe se hizo aborrecible por sus acciones sangrientas, y su cólera formidable le causó la muerte, anticipándose á dársela los que se creian en peligro de padecerla; y su secretario, amenazado, se puso al frente de la conjuracion. El ejército, que le vió perecer por una conspiracion tan vasta, rehusó elegir emperador, temiendo elevar al trono uno de los asesinos de Aureliano; y el Senado, restablecido en su antiguo derecho, eligió á Tácito. Era este nuevo príncipe venerable por su edad y por su virtud; pero las violencias de un pariente, á quien dió el mando del ejército, le hicieron odioso, y pereció con él en una sedicion el sexto mes de su reinado. Así, su exaltacion no hizo sino precipitar el curso de su vida. Su hermano Floriano pretendió el imperio por derecho de sucesion, como heredero más próximo. Desestimóse este motivo; Floriano fué muerto, y Probo forzado de los soldados á admitir el imperio, sin embargo de haberles amenazado que los haria vivir en órden. Todo cedió á tan gran capitán: los germanos y francos, que pretendian entrar en las Galias, fueron rechazados, y en el Oriente, no ménos que en el Occidente, respetaron todos los bárbaros las armas romanas. Un guerrero tan formidable aspiraba á la paz, é hizo esperar al imperio que no le sería ya necesaria la milicia. Vengóse el ejército de esta palabra y de la regla severa que le hacia observar su emperador. Asombrado al instante de la violencia que habia usado contra tan gran príncipe, honró su memoria, y dióle por sucesor á Caro, que no ménos que él era celoso de la disciplina. Vengó este valeroso príncipe á su predecesor, y reprimió los bárbaros, á quienes la muerte de Probo habia restituído los bríos. Fué á Oriente con Numeriano, su hijo



Segundo, á atacar los persas, y opuso á los enemigos del lado del Norte su hijo mayor, Carino, á quien hizo César. Era ésta la segunda dignidad y el escalafon más próximo para llegar al imperio. Todo el Oriente tembló á vista de Caro: sujetósele la Mesopotamia; los persas, divididos, no pudieron resistirle. Pero cuando todo le cedia, le detuvo el cielo con un rayo. Estuvo Numeriano para cegar á fuerza de su llanto. ¡Qué no puede en los corazones el deseo de reinar! Tan léjos estuvo Apro, su suegro, de compadecerse de sus males, que le quitó la vida; pero Diocleciano vengó su muerte, y en fin, llegó al imperio, que con tanto ardor habia deseado. Despertóse Carino, á pesar de su vida perezosa, y derrotó á Diocleciano; pero persiguiendo los fugitivos, fué muerto por uno de los suyos, cuya mujer habia violado. Así quedó libre el imperio del más violento y perdido de los hombres. Gobernó Diocleciano con vigor, pero con una insufrible vanidad. Para resistir á tantos enemigos, que de todos lados, dentro y fuera, se levantaban, nombró á Maximiano por su compañero en el imperio, pero supo conservarse la principal autoridad. Cada emperador hizo un César. Constancio Cloro y Galerio fueron elevados á esta alta dignidad. Apenas pudieron sostener los cuatro príncipes el peso de tantas guerras. Huyó Diocleciano de Roma, cuya libertad no podia sufrir, y se estableció en Nicomedia, donde se hizo adorar á la moda de los orientales.

Entre tanto, los persas, vencidos por Galerio, abandonaron á los romanos grandes provincias y reinos enteros. Despues de tan grandes sucesos, no quiere Galerio ser ya súbdito, y desdena el nombre de César. Comienza intimando á Maximiano. Una larga enfermedad habia abatido el espíritu de Diocleciano, y Galerio, aunque su yerno, le forzó á renunciarle el imperio. Fué necesario que Maximiano siguiese su ejemplo; así, el imperio vino á poder de Constantino Cloro y de Galerio, y dos nuevos césares, Sévero y Maximino, fueron creados en su lugar por los emperadores que se deponian. Las Galias, la España y la Gran Bretaña fueron felices, aunque por muy poco tiempo, bajo Constantino Cloro. Enemigo de las

exacciones y acusado de arruinar por este medio al fisco, mostró que tenia tesoros inmensos en el amor de sus vasallos. El resto del imperio padecia mucho bajo tantos emperadores y tantos césares; los criados se multiplicaban con los príncipes, y los gastos y exacciones eran infinitas. Iba haciéndose illustre el jóven Constantino, hijo de Constancio Cloro, pero se hallaba entre las manos de Galerio, que celoso de su gloria, le exponia á nuevos riesgos cada dia. Érale preciso combatir con las bestias feroces como por entretenimiento; pero no ménos que ellas era Galerio para temido. Escapado Constantino de sus manos, encontró á su padre espirando. En este tiempo, Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo emperador en Roma, á pesar de su suegro, y las discordias intestinas se juntaron á los otros males del Estado. La imagen de Constantino, que acababa de suceder á su padre, llevada á Roma segun costumbre, fué desechada de órden de Majencio. Era la admision de las imágenes la forma ordinaria de reconocer los nuevos príncipes. Hácense por todas partes prevenciones de guerra. El César Sévero, enviado de Galerio contra Majencio, le hizo temblar en Roma. Por darse algun apoyo en su espanto, volvió á llamar á su padre Maximiano. El ambicioso viejo dejó su retiro, en que á su pesar se mantenía, y procuró, aunque sin fruto, sacar á Diocleciano del jardin que cultivaba en Salona. Al nombre de Maximiano, segunda vez emperador, dejaron á Sévero sus soldados. Hace matarle el anciano emperador, y por sostenerse al mismo tiempo contra Galerio, da su hija Faustina á Constantino. Érale tambien necesario otro apoyo á Galerio despues de la muerte de Sévero, y así se resolvió á nombrar emperador á Licinio, cuya eleccion ofendió á Maximiano, que, como César, se creia más próximo á este supremo honor. Nada pudo persuadirle á sujetarle á Licinio y se hizo absoluto en el Oriente. Casi no quedaba á Galerio sino el Ilirio, donde se habia retirado despues de haber sido expelido de Italia. El resto del Occidente obedecia á Maximiano, á su hijo Majencio y á su yerno Constantino. Pero no ménos le disgustaban para compañeros en el im-





perio los hijos que los extraños. Procuró echar de Roma á su hijo Majencio, pero fué de él expelido. Constantino, que le recibió en las Galias, no le halló ménos pérfido. Despues de varios atentados, hizo Maximiano la última conjuracion, en que creyó haber empeñado á su hija Fausta contra su marido. Engañábale ella, y Maximiano, que pensaba haber muerto á Constantino matando á su eunuco, que se habia echado en su cama, se vió precisado á darse él mismo la muerte. Encendióse una nueva guerra; Majencio, con pretexto de vengar á su padre, se declara contra Constantino, que marcha á Roma con sus tropas. Hace al mismo tiempo derribar las estatuas de Maximiano, y la misma suerte tuvieron las de Diocleciano, que estaban allí juntas. Turbó este desprecio el reposo de Diocleciano, y murió algun tiempo despues, no ménos de pesar que de vejez.

En este tiempo Roma, siempre enemiga del cristianismo, hizo el último esfuerzo para extinguirle, y acabó de restablecerle. Galerio, notado de los historiadores como autor de la postrera persecucion, dos años ántes que se viese Diocleciano obligado por él á dejar el imperio, le precisó á hacer aquel sangriento edicto que ordenaba perseguir á los cristianos con más violencia que nunca. Maximiano, que los aborrecia y jamas habia cesado de atormentarlos, excitaba á los magistrados y á los verdugos; pero por más extrema que fuese su violencia, de ningun modo igualaba á la de Maximiano y de Galerio. Inventábanse cada dia nuevos castigos. La pureza de las vírgenes cristianas no era ménos combatida que su fe. Se buscaban con extraordinaria diligencia los sagrados libros por borrar su memoria, y no se atrevían los cristianos á tenerlos en sus casas, ni casi á leerlos. Así, despues de trescientos años de persecucion, se hacia más fiero el odio de los perseguidores. La paciencia de los cristianos los dejó cansados. Los pueblos, movidos de su santa vida, se convertían á grandes masas. Galerio desesperó de vencerlos. Asaltado de una enfermedad extraordinaria, revocó sus edictos, y murió de una muerte como la de Antiocho, y con un igualmente falso arrepentimiento. Maximiano continuó la persecucion, pero Cons-

tantino el *Grande*, príncipe sabio y victorioso, abrazó públicamente el cristianismo.

El mundo antiguo, bañado en sangre, sentido en tinieblas de error y sombras de muerte, ansiaba la verdad y la paz; pero no, la paz no saldrá del fastuoso Palatino ni del cerrado templo de Jano, sino de un establo de Galilea. De este lugar, dice Cantú, parte la buena nueva que proclama al Dios único, la fraternidad y la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, de justicia, á cuya realizacion se dirigirán las naciones, puestas desde aquel momento en el justo é indefectible camino del progreso moral.

Las conquistas de la humanidad se habian limitado hasta entónces á los matrimonios legítimos, á las franquicias civiles y políticas y á la igualdad ante la ley; pero esto á favor tan sólo de la raza dominadora. Ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano, y la inocencia es impuesta como obligacion, no sólo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entónces, el único medio de alcanzar el poder y la gloria habia sido la guerra; el único blanco de los héroes, la conquista; la servidumbre habia sido declarada un hecho necesario, equitativo, natural; el esclavo estaba condenado, no sólo á todo linaje de ignominia, sino tambien al embrutecimiento intelectual y moral, sin afectos legítimos, sin legítima prole y sin existencia religiosa. Pero la nueva palabra de caridad alige- ra en esta época sus cadenas, mientras consi- gue romperlas enteramente; es aclamada la paz universal; quedan abolidos los privilegios de nacimiento y de conquista; inspira horror, no sólo el derramamiento de sangre, sino tambien la lucha; y preséntase el modelo de una sociedad fundada en la combinacion de fuerzas pacíficas, de un poder enteramente espiritual, opuesto á los arrebatos del poder armado, y de una fraternidad entre las naciones, en virtud de la cual éstas, en vez de destruirse unas á otras, se miran para perfeccionarse mutuamente.

Y ¿quién produjo esta mudanza? Un artesano de Galilea. Y era tambien ésta una doctrina originaria del Asia, que debia, no subyugar,



sino convertir á Europa, aunar la verdad política con la religiosa, y oponiendo á los ídolos la conciencia y á los tiranos la resignacion, restaurar al género humano en su dignidad, bajo un solo Dios. Al lado del poder de la espada, se levanta el de las ideas, que independiente del primero, mantiene seguro el progreso para que no vacile con sus variaciones; entónces en la narracion histórica aparece un nuevo elemento: la historia de la Iglesia. Ésta, representando al pueblo y admitiendo á la emancipacion á todos los desgraciados, á todos los que padecen por efecto de la conquista ó de la fuerza, no destruye de un golpe la servidumbre, las violencias legales, las rapiñas gloriosas; pero opone á todas ellas una doctrina que las reprueba, y un Dios que las condena.

Pronto Neron y Domiciano se encuentran frente á frente con Pedro é Ignacio: aquéllos, armados, señores del mundo, teniendo en su apoyo la legalidad, tan diversa de la justicia, representantes del mundo antiguo, gritan en los circos atestados de gente: *A las fieras los cristianos*; los otros, pobres, débiles, desconocidos, calumniados con la autoridad, la instrucción, las ceremonias y el ejemplo, propagan el reinado de Dios, y enseñan á dar al César lo que es del César; pero nada más, no el culto, no el sacrificio de los afectos y de las convicciones.

Aquí nos encontramos ya trasladados á diverso teatro. Aquí vemos ya la civilizacion occidental extendiendo sus alas para tomar más seguro vuelo. Empero los hechos posteriores impiden ó retardan el triunfo; la adhesion que ántes se profesaba al Estado se concentra en los emperadores, protegidos tanto por la religion

como por la ley. En la serie de éstos, ora prevalece el Occidente con Trajano y Marco Aurelio, ora revive el Asia con Cómodo y Helio-gábalo; el estoicismo procura sustraer al hombre del dominio de la naturaleza bruta; pero la secta de Epicuro se resigna á padecimientos innobles, que no turban sus refinados goces y docta corrupcion. La magia viene á reanimar las antiguas creencias, en tanto que una revelacion que tranquiliza al pensamiento, por ser de origen superior, y que robustece las leyes, porque establece un poder infalible, tiende á la universalidad de la moral, y enseña á todos lo que importa conocer, amar, practicar, no sólo en la sociedad, sino tambien en la conciencia individual. La traslacion de la silla de San Pedro desde Jerusalem á Antioquia, y despues á Roma, da más autoridad al Occidente, al paso que la traslacion del trono imperial á Constantinopla vigoriza el elemento oriental, el lujo y la molice enervan á los degenerados Césares, que deponen la espada de la defensa para entregarse á disputas teológicas.

Entre tanto, sin embargo, la gente más señalada por su inicio proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza se esfuerzan en presentar las razones de la comun naturaleza humana, favoreciendo la emancipacion, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumision, y extendiendo el derecho de ciudadanía, hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipacion de las provincias al mundo.